

Comentario: Sofía Oksanen, *Purga*

Esta sorprendente novela comienza así:

"Tengo que intentar escribir cuatro palabras para no volverme loco y caer en la depresión. Esconderé mi libreta aquí debajo del suelo del cuartucho, para que nadie la encuentre, aunque me descubran a mí. Ésta no es vida para un hombre. Una persona necesita a otra, a alguien con quien hablar. Intento hacer abdominales, mover los músculos, pero ya no soy un hombre, sino un cadáver. Un hombre hace las tareas de su casa, pero en mi casa trabaja la mujer, y eso es una vergüenza para el hombre.

Liide no para de insinuárseme. ¿Por qué no me deja en paz? Apesta a cebolla.

¿Por qué tardan tanto los ingleses? ¿Dónde están los americanos? Todo pende de un hilo y ya no hay nada seguro.

¿Dónde están mis chicas, Linda e Ingel? La nostalgia es más fuerte de lo que puedo soportar."

Son palabras de Hans Pekk, hijo de Eerik, campesino de Estonia. ¿víctima de su tiempo, víctima del amor de una mujer enamorada o trastornada o sencillamente perversa?

Aliide, que ha impresionado a este club de lectura, es una anciana -superviviente de las guerras y ocupaciones de su país- dedicada a las tareas domésticas y a la huerta. A largo de la narración se irá convirtiendo en un personaje difícil de olvidar y de encasillar. Se convertirá en un personaje muy fuerte.

Zara, una joven rusa, víctima del tráfico de mujeres, consigue huir de sus captores y se presenta en la casa de Aliide. La novela se centra en el encuentro de las dos mujeres con sus historias; el pasado las une: Zara es nieta de su hermana Ingel. La mujer elegida por Hans Pekk, el único hombre a quien Aliide ha querido.

La autora incorpora a la relación que involucra a estas dos mujeres el asunto del tráfico de mujeres y el negocio de la prostitución. De alguna manera, la trama queda más robusta y lleva al lector a pensar que cada época histórica tiene sus lacras, con la implícita denuncia. La acción de Aliide será fundamental para salvar a Zara de las redes del tráfico de blancas.

La lectura de esta novela ha sido aceptada positivamente por todos nosotros e incluso la recomendamos.

Como siempre y como buen síntoma, hubo discrepancias; algunos fuimos críticos con lo relacionado con las redes mafiosas y pusimos el énfasis en la figura de Aliide Truu que nos llevó a situarla entre la perversidad o el amor; en cambio, los lectores más interesados en la explotación de las mujeres resaltaron la capacidad de denuncia que tiene el texto. Interpretación reconocida por todos, pero, a los lectores que sobrecoja que una pasión amorosa lleve al confinamiento y a la muerte del objeto de amor, los perseguidores de Zara resultan personajes de cartón-piedra. Aliide es el personaje femenino que en solitario lleva a la práctica un "emparejamiento".

La novela alternapresente y pasado a un ritmo cautivador, la exposición gradual de la historia de ambos personajes mantiene en vilo al lector hasta la última página. Sofía Oksanen dibuja las consecuencias devastadoras del miedo, de la humillación sin olvidar la fuerza de la capacidad humana para la supervivencia.

Ellas se encuentran en el jardín: Comienzan los recuerdos, el odio y el rencor. Sobre todo rencor. Rencor pegado a la piel, rencor hacia la mirada de los hombres que abusaron en el caso de Zara, rencor hacia la

sonrisa de la hermana casada con el único hombre al que Aliide había amado, rencor por vivir en un país que no es tu patria.

Rencor, silencio y miedo.

Y finalmente, perdón, el perdón sin reparación, imprescindible para que el futuro sea posible. Un acto de coherencia por parte de la anciana. Ella ya no tiene solución, sólo tiene que originar la pira funeraria o fuego purificador. Pero el futuro está con Zara. Todo organizado: papeles, pasaportes, tierras para poder volver a Estonia, todo para el regreso de su hermana cuyo único delito fue ser elegida por Hans.

Un final escalofriante:

“Metió la libreta de recetas dentro del sobre junto con la carta.

La enviaría al día siguiente. Luego conseguiría la gasolina y rociaría la casa. Después, tendría que arrancar las tablas del suelo del cuarto. Sí, seguro que lo lograría. Finalmente, se acostaría al lado de Hans, en su casa al lado de su Hans. A lo mejor le daba tiempo de hacerlo antes de que apareciesen los chavales, ¿o acaso acometerían ya esa noche lo que tenían planeado?”

Antes de finalizar la sesión, todavía algún lector con el libro en la mano leía el pasaje elegido donde la anciana Aliide empieza a confiar en la joven Zara:

“La muchacha distendió los dedos. El miedo empezaba a remitir y su cuerpo a relajarse. Aliide le soltó con cuidado la mano y se puso a preparar el agua azucarada que la ayudaría a relajarse. La joven bebió; en el vaso tembloroso, los cristales de azúcar se arremolinaban. Aliide le sugirió meterse en la bañera, pero Zara no se movió hasta que la anciana le dijo que la esperaría en el recibidor. Dejó la puerta entornada y pudo oír el salpicar del agua y el suave suspiro de una voz infantil.

La joven no sabía leer estonio. Hablarlo sí, pero no leerlo. Por eso había hojeado el periódico con aire nervioso y tal vez tirado el té a propósito, para no tener que confesar su carencia.

Aliide echó una ojeada por la rendija de la puerta. El magullado cuerpo de Zara yacía en la bañera. Un mechón de pelo sobre la sien apuntaba hacia arriba, como si fuese una tercera oreja en estado de alerta.”

Como en un torneo de justas poéticas, otro lector se puso a leer en voz alta un pasaje menos amable del personaje Aliide:

“Luego fue a buscar un trozo de cuerda, le ató las manos y los pies y lo arrastró hasta el cuarto. Le arrojó encima el cuaderno, quitó del estante la tacita de Ingel y se la metió en el bolsillo del delantal.

Tapó a Hans.

Lo besó en la boca.

Cerró la puerta.

Selló las ranuras con cola.

Cegó las tomas de aire.

Arrastró el armario hasta delante de la puerta”

Salimos del instituto...Otro día más de lectura. Empieza bien el curso.